

tualidad se encuentra yerma. El río Flumen cuyo pétreo cauce con sus pequeñas pozas y canales da una pincelada de belleza visual al paisaje y de sonoridad, surca estas tierras dando vida y generando gran actividad agrícola y pastoril años atrás. En la zona sur persisten a duras penas varios edificios hasta los cuales nos acercamos. Un amplio corral de planta rectangular, paredes de mampostería, con un área cubierta de grandes dimensiones, tejado de cuatro aguas de losas, en la pared este no tiene abertura alguna, en la sur además de tener la puerta de entrada, se abren cuatro ventanas, dos a la derecha de dicha puerta alineadas verticalmente y dos a su izquierda, el interior del recinto está dividido en dos alturas por maderos sin tener suelo de material, el espacio superior destinado al almacenamiento de hierba, en la pared norte hay una pequeña puerta de acceso a esta planta superior. En el edificio utilizado como vivienda, el tejado no ha podido resistir el paso del tiempo, hay un hecho que lo caracteriza: las simetrías, la fachada principal emplazándose en la vertiente sur con el fin de aprovechar la calidez de los rayos solares, las ventanas y puertas son simetrías respecto a un eje central. En la fachada este dos ventanas por planta siguiendo también el patrón de la simetría respecto a un eje central. En la cara oeste una ventana por planta, en una posición equidistante a los esquinazos. En su construcción se utilizó mampostería, en las esquinas los mampuestos están trabajados.

Dejamos atrás la pardina y seguimos por la senda paralela al cauce del río Flumen, la cual se interna unos metros en un pinar, al ser zona de umbría abunda el musgo, después de andar durante unos minutos confluye con el río, punto en el cual lo vadeamos sin ninguna dificultad debido al mermado caudal que lleva en estas fechas (agosto), en el centro del cauce quedan los restos del pilón central de un pequeño puente. Unos metros más arriba también se aprecian dos muros de mampostería (uno en cada ribera en la misma trayectoria) pertenecientes a alguna pasarela. Una vez que hemos cruzado el río, la senda está bordeada por muros de piedra seca que delimitaban las propiedades y servían de protección a los sembrados del paso de los rebaños. En pocos minutos llegamos a Santa María de Belsué, nos acercamos en primer lugar a la Iglesia, (de tradición lombarda, siglo XI, la torre es posterior, en torno XVII-XVIII) planta rectangular, paredes de mampostería trabajada, dispuesta en hileras regulares, en su torre construida sobre el ábside en sus caras norte, sur y este presenta unos pequeños arcos cie-



Belsué

Por tierras de Belsué

gos. En la vertiente sur unas escaleras permitían subir al campanario, tejado de dos aguas. La puerta de acceso a la nave presenta arco de medio punto compuesto por seis pequeñas dovelas, jambas de sillería, y el branquíl notablemente desgastado por el paso de los feligreses, en el interior la puerta está adintelada, un pequeño banco pétreo en la pared sur, en una roca cilíndrica se ha tallado la pila del agua. En el altar bóveda de cañón. Tejado de dos aguas, el cual no ha podido resistir el paso del tiempo. Puerta de la sacristía adintelada, jambas de sillería.

Damos un breve paseo por

- La Iglesia sobre las demás construcciones, dedicada a la Asunción de Nuestra Señora, data del siglo XVI al XVIII

las calles de esta población invadidas por la maleza, con la marcha del último morador, se fue el alma del pueblo, ya no se escucha el eco metálico del "jadico" picando en el huerto, ya no se escucha en sus calles el murmullo de sus gentes comentando que tiempo hará mañana, ya nadie corta la zarza que brota en medio del camino. Observando los restos de las construcciones que conformaban este pueblo, en uno de los edificios nos llama la atención cómo en las esquinas se colocaron algunos mampuestos de piedra toba, así como en una de las ventanas. En otra de estas construcciones destaca el dintel por sus grandes dimensiones y la buena disposición de los mampuestos buscando el orden de la alineación horizontal.

Seguimos en nuestro recorrido dirección este, un panel informativo a mano izquierda nos indica Lúsera, situado a 932 metros de altitud, se documenta en torno al siglo XIII. La senda desbrozada recientemente transita entre buchos y algún cajico, va ascendien-

do gradualmente. Por el norte, en el paisaje se alterna el verde de los alineados pinos con el marrón de tintes rojizos de la estratificación del terreno, en bandas horizontales paralelas. Unas cuantas vacas contrastan por su blancura entre el verde de las estrechas fajas yermas, nos observan con cautela. Llegamos al pueblo, destaca la Iglesia de San Miguel, del siglo XVIII. Realizamos un recorrido entre los edificios semidecruídos, puertas adinteladas, arcos de medio punto, alguna chimenea troncocónica, algún paso cubierto, esquinazos de mampostería trabajada. Nos detenemos en una de las eras, todavía permanece un rodillo de piedra troncocónica para compactar la superficie antes de la trilla, a mano derecha una de las viviendas ha sido rehabilitada. Transitamos por las calles hasta llegar de nuevo a la puerta de la Iglesia, su posición altanera permite otear el paisaje, a nuestros pies se dibuja el serpenteante trazado de la carretera que se dirige a Nocito y Bara. En las faldas de la Sierra

Gabardiella se aprecia el hundimiento de una porción de terreno, más al oeste las cristalinas aguas del embalse de Belsué, reflejan el paisaje colindante. Volvemos de nuevo a la vía principal. Seguimos la senda por la vertiente este del embalse, el cierzo forma un pequeño oleaje que rompe en las orillas. Una vez rebasada la presa, la angosta pista transcurre entre túneles, admiramos en algunos tramos la verticalidad del acantilado de Cienfuens, con sus tonos grisáceos azulados y alguna pincelada rojiza, a lo largo de dicho acantilado podemos ver varios grupos de escaladores que van ascendiendo con gran cautela, asegurando cada paso en su ascenso, encaramándose a cualquier fisura o saliente de la roca. En su base hay numerosos covachos y oquedades, en alguno de ellos se aprecia ahumado su interior. En esta zona se localiza la Cueva del Toro, en la cual se encontró cerámica paleocristiana e hispanovisigoda. También más al norte se sitúa la Cueva Artica, su entrada es una grieta en las entrañas de la tierra. En la otra vertiente, en las faldas de la Sierra Gabardiella, se aprecian multitud de oquedades, y algún pétreo monolito resquebrajado por la pertinaz acción erosiva, en compañía de algún solitario pino.

Dejamos atrás la presa de Cienfuens, el embalse está al cien por cien de su capacidad y desembalsa agua por el extremo este, formando unos pequeños saltos al pie del cauce, el sonido del discurrir de las aguas nos acompaña durante unos minutos en nuestro caminar, la pista pasa a ser senda entre buchos y carrascas. Desde este punto tenemos una nueva perspectiva del conjunto paisajístico, resultándonos todo un espectáculo observar la grisácea verticalidad del acantilado, interrumpida visualmente con la horizontalidad de las remansadas aguas verde turquesa del embalse. El ronroneo del Flumen se va perdiendo en la lejanía, entre el sonido metálico de los esquistos a nuestro paso, en el horizonte la naturaleza nos obsequia con otra pétreo escultura, el Salto de Roldán, nos detenemos durante unos minutos para observar esta obra del cincel de la erosión. La senda pasa por una zona abancalada, alguna paridera y edificio de reducidas dimensiones aparecen como reseña de que estas tierras fueron trabajadas en otros tiempos. En un altozano se sitúa el dolmen de Belsué, el paso del tiempo ha hecho mella en él, el ortostato situado al norte, no ha podido resistir el paso del tiempo.

Realizamos un último recorrido visual de cada uno de los relieves que nuestra vista alcanza al mismo tiempo que respiramos el aroma a campo, e iniciamos nuestro regreso.

